



Camino de servicio

Fotografías de Miguel Martínez

2018–actualidad



Miguel Martínez. *Camino de servicio* 2019/1660, 2019.



Miguel Martínez. *Camino de servicio* 2026/2994, 2026.



Camino de servicio se configura como un ensayo de investigación fotográfica orientado a examinar las transformaciones del paisaje contemporáneo desde sus zonas laterales, intersticiales y funcionalmente desactivadas. En este sentido, la propuesta en desarrollo de Miguel Martínez se distancia de cualquier concepción pintoresca del territorio y desplaza la mirada hacia una geografía secundaria, compuesta por infraestructuras menores, arquitecturas residuales, construcciones agrarias en desuso y planos murales alterados que, debido a su aparente irrelevancia, suelen quedar al margen de los relatos hegemónicos de representación.

El conjunto se articula a partir de una constelación de elementos recurrentes —casetas auxiliares, depósitos, vehículos abandonados, naves industriales, muros derruidos y edificaciones desplazadas de su función originaria—, todos ellos atravesados por la presencia del grafiti como denominador icónico común. Conviene precisar que estos motivos no funcionan como simples restos materiales, sino como síntomas de una metamorfosis más profunda del espacio. El autor no se limita a registrar lugares; por el contrario, identifica indicios de un área sometida a alteraciones económicas, productivas y sociales donde han quedado sedimentadas huellas parciales, discontinuas y, con frecuencia, inadvertidas.

La dimensión cartográfica del trabajo no depende de la identificación precisa de los enclaves ni de la explicitación del recorrido. Su mapa permanece latente y se construye mediante reiteraciones, variaciones y correspondencias formales. A través de esta lógica, cada imagen actúa como punto dentro de una red más amplia, como fragmento de una topografía no declarada de la periferia. De ahí que el medio fotográfico no se limite a documentar un ámbito previamente dado; contribuye a constituirlo como objeto de conocimiento, delimitando un campo de atención allí donde la percepción ordinaria apenas reconoce tránsito, descuido o vacío.

Junto a esta lectura, se incorpora una concepción expandida del archivo. Ciertamente, la serie no aspira a constituir un inventario exhaustivo de arquitecturas o máquinas abandonadas ni a establecer una taxonomía cerrada de superficies intervenidas. Lejos de ello, su disposición interna se fundamenta en una acumulación crítica de registros diferenciados: cada toma preserva una singularidad irreductible, al tiempo que se integra en una estructura relacional que permite identificar afinidades, desviaciones y resonancias. El conjunto no se presenta, por tanto, como un depósito estable de evidencias, sino como una forma de pensamiento visual que ordena fragmentos sin clausurar su sentido.

En este entramado, el grafiti adquiere una función decisiva. Las marcas gráficas que ocupan muros, autobuses, casetas, depósitos o fachadas en desuso no deben interpretarse como ornamento accidental ni como mero signo de degradación. Más bien, actúan como marcas de apropiación simbólica: acciones gráficas anónimas que reactivan soportes privados de su finalidad original y los incorporan a una economía icónica alternativa. Sus códigos, firmas y grafías introducen una temporalidad específica en la escena. En contraste con la duración lenta del deterioro arquitectónico, el gesto mural irrumpe como presencia efímera, vulnerable y sujeta a desaparición, sustitución o superposición.

El ensayo configura, por esta vía, una temporalidad estratificada. En un mismo plano material coexisten el tiempo productivo cancelado, la obsolescencia posterior, la acción clandestina y la operación fotográfica. Bajo este prisma, cada imagen se presenta como un palimpsesto: no ofrece una narración lineal, sino una superposición de usos, pérdidas y reapropiaciones. Esta



condición desplaza el paisaje desde su consideración como escenario hacia su comprensión como documento activo, esto es, como un ámbito de fricción en el que se cruzan transformaciones corpóreas, sociales y simbólicas. Esta lectura temporal se ve reforzada por el propio desarrollo del proyecto, iniciado en 2018 y retomado en 2026, cuya discontinuidad introduce la revisita como forma de atención crítica sobre la mutación de los lugares.

En términos formales, el corpus se sostiene sobre una estrategia de contención expresiva. La frontalidad de los encuadres, la amplitud de los cielos, la distancia respecto al referente y la ausencia de dramatización emocional remiten a una observación rigurosa, próxima tanto a la tradición tipológica como a la sensibilidad sistemática asociada a la Escuela de Düsseldorf. Con todo, dicha afinidad no debe entenderse como dependencia estilística, sino como convergencia metodológica: la repetición, la neutralidad aparente y la organización serial permiten que el objeto fotografiado se revele no por su excepcionalidad, sino por su insistencia.

Ahora bien, en la práctica de Martínez esta aparente imparcialidad se encuentra atravesada por una conciencia crítica de la imagen como construcción. Su trayectoria previa —marcada por la experimentación, la manipulación y la problematización del estatuto fotográfico— impide interpretar *Camino de servicio* como un retorno ingenuo al documento. De hecho, diversos estudios han señalado su evolución desde planteamientos inicialmente documentales hacia prácticas centradas en la innovación matérica y conceptual del lenguaje fotográfico, mediante procedimientos que cuestionan la supuesta transparencia del medio.

Desde esta perspectiva, la fotografía no se presenta como constatación directa, sino como procedimiento intelectual. El proyecto puede entenderse, por ello, como una reformulación del reportaje en clave conceptual. El autor no pretende certificar la existencia de determinados lugares, sino interrogar las condiciones que hacen posible su visibilidad. La cámara selecciona, encuadra, distancia y ordena; en suma, convierte lo encuadrado en un orden legible. La representación, lejos de agotar lo real, lo reorganiza, y es precisamente en esta articulación donde reside gran parte de la potencia crítica de la propuesta.

También la noción de autoría resulta desplazada. Los paramentos registrados han sido previamente marcados por sujetos anónimos; la obra incorpora, por tanto, gestos ajenos que anteceden al acto fotográfico. El resultado no es una creación ex nihilo, sino una forma de coautoría diferida: una negociación entre la posición perceptiva del artista y las escrituras presentes en el territorio. Esta circunstancia introduce una reflexión particularmente pertinente sobre la producción actual de imágenes, en la medida en que el mundo aparece ya atravesado, marcado y saturado de signos antes de su captura.

En el plano histórico-artístico, *Camino de servicio* se inscribe en una genealogía que atraviesa la crítica del paisaje moderno, las prácticas documentales de orientación reflexiva y las poéticas contemporáneas del archivo. Su especificidad radica, no obstante, en situar estas problemáticas en el contexto de una geografía mediterránea periférica, caracterizada por la aridez, la dispersión urbana, la funcionalidad arquitectónica y los vestigios de economías agrarias e industriales. Desde ese lugar, el proyecto se distancia tanto del imaginario turístico como de los procesos de monumentalización patrimonial.



El trabajo plantea, en última instancia, una reconsideración de los regímenes de visibilidad del paisaje actual. Allí donde la percepción ordinaria apenas registra abandono o tránsito, Martínez introduce una atención sostenida que convierte lo secundario en objeto de análisis. La serie no estetiza la ruina ni espectaculariza el grafiti; examina, con mayor precisión, las condiciones bajo las cuales ambos fenómenos participan de una misma ecología perceptiva de la periferia. Su interés no reside en ennoblecer lo residual, sino en evidenciar que, precisamente en estos espacios, se condensan algunas de las tensiones más significativas del presente.

De ahí que *Camino de servicio* pueda leerse como un ensayo visual sobre la mutación del territorio y sobre la propia condición de la imagen fotográfica contemporánea. Cartografía sin mapa explícito, archivo sin clausura, documento sin transparencia plena, la propuesta articula una mirada crítica sobre los márgenes físicos y simbólicos del entorno. En ella, el paisaje deja de ser objeto de contemplación para constituirse en problema epistemológico: una trama en la que convergen memoria, abandono, escritura, economía y representación. Desde esta posición, el proyecto no solo amplía la lectura de la periferia, sino que consolida una línea de investigación coherente con la trayectoria de Miguel Martínez, situando la fotografía como práctica conceptual capaz de revelar las formas latentes, discontinuas y conflictivas del presente.